

UNA INSTALACION INDIGENA DE LA QUEBRADA DE PURMAMARCA. EL ANTIGAL DE CIENAGA GRANDE

por

ROMUALDO ARDISSONE

A FINES del siglo XIX el aspecto arqueológico del Noroeste argentino entra de lleno en la dilucidación de los problemas del pasado nacional. Las primeras manifestaciones fueron promisorias y los esfuerzos de los estudiosos ocasionales o sistemáticos —cuando no movidos por una franca vocación— abrieron un amplio cauce que fué recibiendo un caudal más y más abundoso. El nuevo siglo no detuvo la corriente, ni siquiera la aminoró, sino que registró numerosos progresos. Fué dado observar una mayor extensión de la zona estudiada, a la par que se intensificaba la tarea, y con frecuencia se cosechaban resultados más satisfactorios. A los maestros y aficionados de la primera hora se substituyeron o se agregaron los contingentes de nuevas generaciones de arqueólogos, algunas de cuyas figuras bien pronto cobraron destacado relieve.

Semejante estudio, con simples noticias, con escritos descriptivos, con monografías o con publicaciones de conjunto, fué suministrándonos el conocimiento de un número de yacimientos arqueológicos asaz superior al que puede obtenerse con la más atenta consulta de las crónicas del descubrimiento y conquista, como asimismo con la lectura de las historias tradicionales. Dejando aparte los varios aspectos de la investigación científica, tenemos que el simple catálogo —aunque fuese

la mera mención— de los lugares que conservaron restos de los indígenas se enriqueció por el número de nombres incluidos, a la vez que por la amplitud de la zona que abarca el conjunto. En algunas ocasiones, el enriquecimiento se efectuó con la incorporación de zonas verdaderamente vírgenes; mientras que en otras circunstancias fueron multiplicándose las noticias de los yacimientos arqueológicos existentes en valles o quebradas imperfectamente conocidos con anterioridad. Así pueden citarse Yocavil, Lerma, Toro y Humahuaca. Con justicia se habló de exploración geográfica que tanto impulsó el progreso de la geografía; de modo análogo es lícito hablar de exploración arqueológica y admitir su importancia para el adelanto de la ciencia correspondiente. Más de una vez se oye tal o cual arqueólogo invocar para sí, airadamente o con orgullo, el mérito de haber suministrado en primer término la noticia de la existencia de un antigal; más de una vez se defiende denodadamente la paternidad —casi como si se hubiera engendrado y criado al antigal— por el hecho de haber dado su nombre y ubicación como al pasar en cierta publicación o, por lo menos, por haberse ocupado en unas cuantas páginas de una nota preliminar.

Estas palabras no contienen asomo de crítica; sólo apuntan la importancia del asunto. Las grandes síntesis quizás no requieran el estudio exhaustivo de cuantos yacimientos arqueológicos puedan existir, pero seguramente el conocimiento completo no daña y más de un aspecto necesario permanecerá en las tinieblas con un catálogo mutilado.

No obstante los grandes progresos debidos al esfuerzo de varios decenios del siglo pasado, a pesar de hallarnos muy adentrados en nuestra centuria, la lista de los yacimientos es incompleta y a menudo llega noticia de alguno hasta ahora desconocido. El hecho parece extraño si se considera que el Noroeste hace ya tiempo dejó de ser tierra de *salvajes* que exija una verdadera y peligrosa exploración geográfica en que deba vencerse la hostilidad natural y la humana. Es cierto que la actitud de los habitantes nunca puede clasificarse de adversa, aunque pueda tropezarse con la indiferencia y hasta con hermetismo. Las dificultades de-

rivan frecuentemente de la topografía que en gran parte engendra obstáculos en las comunicaciones. Téngase presente que hay casos de antigales que son verdaderos puntos muertos, por cuanto el paraje se despobló sin darnos una supervivencia del núcleo de población a través de los siglos; esta falta de continuidad crea dificultades al conocimiento. Sin embargo no siempre es así. A pesar de no coincidir exactamente el paraje poblado prehispánico con el actual, en muchos casos la distancia es pequeña y el antigal se halla cuando menos en contacto si no rodeado por la actividad rural moderna.

La extrañeza por la tardanza en incorporarse al catálogo arqueológico sube de tono cuando se trata de antigales existentes en valles o quebradas que naturalmente constituyen importantes vías de comunicación desde tiempos inmemoriales. Es precisamente el caso que corresponde a la quebrada de Purmamarca. Es conocida su importancia en la geomorfología y en la antropogeografía regional. Su río es afluente de la margen derecha del río Grande de Humahuaca, y el caudal, junto con varios otros factores, determina una instalación y una actividad humana muy digna de nota. Esta quebrada es de primer orden entre la serie de las tributarias de la célebre quebrada de Humahuaca. Mucho de su importancia deriva de su disposición transversal, por cuya razón es el camino natural y obligado que, en todo tiempo, se utilizó para remontarse desde el fondo de la quebrada de Humahuaca hasta la Puna. Dadas la cantidad, la disposición, la altura y la forma de las montañas, desde el valle de Jujuy hasta el extremo septentrional de la quebrada de Humahuaca, la naturaleza no ofrece ninguna otra comunicación como ésta de Purmamarca para tener acceso a la Puna. En resumidas cuentas, entre las quebradas laterales descuella por su amplitud que ha dado nacimiento a condiciones de vida acentuadas y además facilita las comunicaciones interregionales. Así, pues, no estamos en presencia de un remoto rincón cuyo acceso sólo fuera posible realizando una singular proeza, y podemos repetir que su conocimiento arqueológico se ha retrasado por un tiempo que juzgamos muy largo. Las condiciones

físicas y humanas de la quebrada en cuestión pedían un esclarecimiento más temprano.

Un arqueólogo —y muy célebre— estuvo en Purmamarca. En efecto, en el mapa que figura al final de su gran obra¹, Boman, al trazar el itinerario del viaje de 1901, nos hace ver que recorrió la quebrada antedicha. Sin embargo no recibimos el aporte que fuera de esperar. Al hablar de Purmamarca, cita una noticia extraída de un escrito de 1791, debida a Filiberto de Mena. Vale la pena transcribir las líneas pertinentes: “Mena parle aussi d’une forteresse “avec des meurtrières de forme rectangulaire” à l’entrée de la Quebrada de Purmamarca (Puerta de Purmamarca). Je ne connais pas ces ruines, bien que je me sois arrêté plusieurs fois à Purmamarca, où les habitants m’ont dit qu’il n’y avait pas de vestiges des *antiguos*”.

Más adelante hace referencia a restos indígenas en Huachichocana, en la zona superior de la quebrada de Purmamarca, restos que no corresponden absolutamente a los yacimientos de que yo tuve noticia, como tampoco éstos tienen relación con la fortaleza de que nos habla Mena. Interesa este dato: “Pendant mon dernier voyage, je n’ai pas parcouru la Quebrada de Purmamarca, mais, en 1901, je l’ai suivie deux fois”. Luego remata la presentación del conocimiento de la zona con esta noticia imprecisa:

“Les montagnes séparant la haute plaine des Salinas Grandes de la Quebrada de Humahuaca, au nord et au sud de Huachichocana, renferment peu-être d’intéressants vestiges. Ces montagnes sont jusqu’à présent tout à fait inconnues au point de vue archéologique, et seuls les Indiens ont pénétré dans ce labyrinthe de petites quebradas cachées parmi les rochers”².

Transcurrieron varios decenios desde la publicación de Boman y creo que la situación no experimentó ningún cambio. En febrero de 1936 estuve una serie de días en Purmamarca, y no obstante la afirma-

(1) E. BOMAN, *Carte archéologique du nord-ouest de la République Argentine. Echelle 1/750.000*, en ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d’Atacama*, II, París, MDCCCXVIII.

(2) ERIC BOMAN, *Antiquités, etc.*, II, 788|90.

ción de Boman de que los habitantes le aseveraron la inexistencia de vestigios de los *antiguos*, precisamente por los habitantes supe que hay restos indígenas en varios lugares. Probablemente el arqueólogo sólo se refiera a la existencia y localización de la fortaleza en Puerta de Purmamarca, y por consiguiente no habrá investigado respecto de otros antiguos.

Hecha excepción de uno que otro hallazgo de alfarería, al efectuar excavaciones en el pueblo de Purmamarca —por ejemplo, al construirse la escuela—, y de unos restos quizás atribuibles a una acequia prehispánica, lo cierto es que recogí la noticia de la existencia de dos verdaderos antiguos que se encuentran en la quebrada de Purmamarca *lato sensu*. Estos yacimientos arqueológicos hasta ahora desconocidos son los de Ciénaga Grande y Estancia Grande¹.

Para llegar a su conocimiento inquirí noticias de varios habitantes. Me movía un doble propósito. En primer término, me interesaba la existencia de restos que lograran esclarecerme el problema de la geografía humana prehispánica de la quebrada (instalación y actividad de la población), por lo que pueda significar en sí como geografía que pudiéramos llamar histórica, y además porque cualquier dato que se obtenga al respecto es un antecedente valioso en la explicación de la antropogeografía moderna, cuyo estudio me había llevado a la zona. Por otra parte —así en otras ocasiones—, consideré oportuno aprovechar mi permanencia allí para reunir noticias que puedan interesar a los arqueólogos, máxime que los estudios de éstos son llamados a arrojar muchos haces de luz sobre los mencionados problemas de geografía humana. Se me puede objetar que no se trata de un altruismo enteramente puro, pues resulta hartamente interesado. Así es.

Por más que mi permanencia se prolongue por una serie de días en Purmamarca, éstos son siempre pocos, diría exigüos. Lo mucho que

(1) El tema de esta comunicación lo expuse oralmente en la sesión del 26 de agosto de 1936. La redacción la efectuó el 27 y 28 de abril de 1942. Después de 1936, Alberto Salas realizó investigaciones arqueológicas especialmente en Ciénaga Grande y además logró localizar el antiguo de Estancia Grande. Pesé a esta circunstancia he preferido conservar a la comunicación el carácter derivado de las observaciones que efectuó en febrero de 1936.

en general y en detalle se quiere observar en cuanto a hechos de interés geográfico directo; la limitación impuesta por el carnaval y cierta substracción de tiempo que corresponda al estado atmosférico (dada la estación del año y la situación de la quebrada), todo contribuye para restarme la ocasión de visitar y observar bien los antigales. Debido a ello, el de Estancia Grande ha de quedar relegado en la categoría de la notica más escueta, pues no pude visitarlo. En cambio logré dedicar una tarde al de Ciénaga Grande y sus resultados —bien humildes, por cierto— dan contenido a la presente comunicación.

Lo visité el 27 de febrero de 1936 realizando el viaje a caballo desde el pueblo de Purmamarca. Antes de presentar el antigal, voy a referir someramente algún aspecto de la quebrada. Diré desde un principio que merece tal designación. En la confluencia con la de Humahuaca bien está que se hable de Puerta pues la de Purmamarca es muy angosta, encajonada entre laderas abruptas. Por esta manifestación, el viajero no logra formarse absolutamente una idea de la importancia de la quebrada que sigue así por unos cuantos kilómetros hasta llegar al pueblo homónimo, la única aglomeración humana existente en toda la cuenca.

Ciénaga Grande se halla unos ocho kilómetros aguas arriba del pueblo medidos en línea recta. El camino mide más y no puede recorrerse rápidamente aunque sea transitado con frecuencia por los que se comunican con la Puna, y más aún por los hortelanos que llevan a la estación especialmente sus cargas de tomates. Es que la quebrada, aguas arriba del pueblo, no difiere fundamentalmente del trecho citado de aguas abajo. Dada la topografía general y las condiciones geológicas, el camino —llamémoslo así— es el lecho del río que por ciertos caracteres parece más bien el lecho de un torrente. En efecto, el material es grueso, la arena escasea, abundan las piedras de variados tamaños; de manera que es el reino predominante de los rodados, que por su forma y estar sueltos dificultan el paso. Las lluvias estivales que determinan crecientes, con frecuente remoción y abandono de material, hacen imposible toda mejora importante y duradera del camino. Piedra más, pie-

dra menos, la situación es la misma desde la Puerta hasta la Ciénaga Grande. Parece extraño teniendo en cuenta la gran longitud de la quebrada, de manera que el río, en estos últimos kilómetros de su curso, debiera depositar material fino. Así debiera ser en caso de que la quebrada de Purmamarca no fuera la colectora de una serie de quebradas tributarias por la izquierda y la derecha. A estas quebradas corresponden torrentes cuyas crecidas temporarias incorporan material grueso a la vaguada de Purmamarca. El río no posee generalmente caudal como para trasladar de manera rápida todos los rodados al río Grande y así se quedan sembrando su lecho. Yendo hacia Ciénaga Grande es una serie de conos de deyección cuyos frentes avanzan sobre el lecho del río de Purmamarca y a veces lo empujan contra la orilla opuesta determinando el corte vertical de conos menores o la intensa erosión de materiales de otra naturaleza.

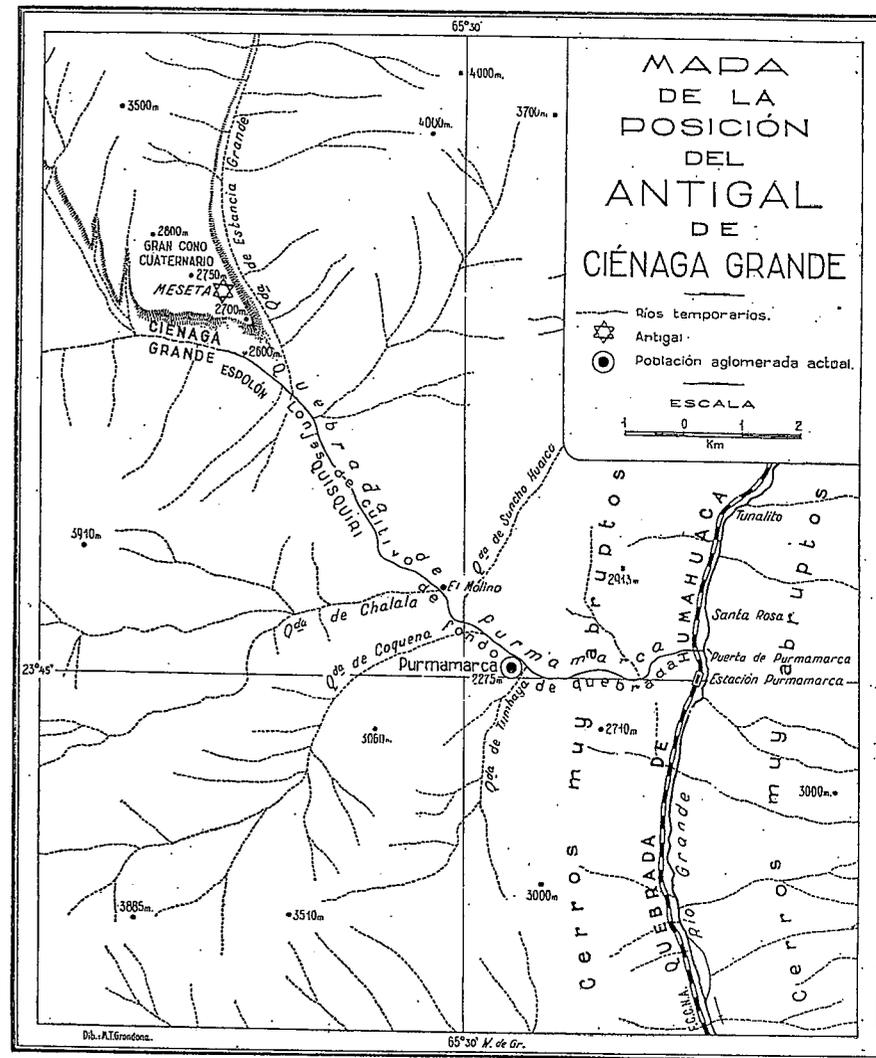
Cerros hay e imponentes, constituidos por rocas muy antiguas que se hacen presentes a su vez en niveles inferiores. La parte baja de la quebrada nos da la visión de potentísimos depósitos de acarreo generalmente cuaternarios. Son conos de deyección aquí bien conservados, más allá profundamente seccionados por torrenteras, por cauces encajonados. Estas acentuadas incisiones intervienen fuertemente en crear la topografía de quebrada que tiene esta importante cuenca. Los cursos de agua temporarios extraen muchos materiales de los conos cuaternarios en su actual remoción. En algunas partes el depósito de acarreo llega a tener unas dimensiones colosales. Así sucede precisamente en la confluencia de la quebrada de Estancia Grande con la de Purmamarca, donde un extensísimo cono forma una meseta terminada en cortes verticales. La confluencia, debido a la erosión de los dos ríos, enangosta la meseta y la hace rematar en una punta larga, en una proa afilada, característica y que se divisa desde una gran distancia.

Los cultivos de riego —y no hay otros, dado el ambiente seco— constituyen la actividad fundamental de los habitantes de la quebrada. Su extensión total no es muy grande y su distribución, más o menos continua, forma dos franjas bien desiguales, en el fondo, como una

conquista de los bordes del lecho fluvial. En verano el agua normalmente aparece y desaparece, corre a trechos sobre el suelo pedregoso y a trechos se infiltra en el depósito de acarreo. Puede decirse que hay agua, si no siempre, con frecuencia, desde la Puerta hasta la Ciénaga Grande y lo mismo puede afirmarse que los cultivos entre los dos puntos no tienen solución de continuidad. En cambio, más allá de Ciénaga Grande cesan los cultivos o se observa una que otra muestra. La extensión y la disposición de los terrenos regados señalan una densa población rural con una gran frecuencia de las viviendas.

La ubicación del antigal de Ciénaga Grande y algunos aspectos de la quebrada de Purmamarca figuran en el mapa que acompaña a estas líneas. Para trazarlo, particularmente en lo que respecta a la meseta del gran cono de deyección cuaternario, se recurrió al mapa inédito de la Dirección General de Minas, Geología e Hidrología¹, que resulta admirable en la representación de la morfología de una extensa zona de la quebrada. De suma utilidad habría sido también otra carta a la misma escala, hecha con curvas de nivel con equidistancia de 25 metros, pero desgraciadamente comprende sólo la parte inferior de la quebrada de Purmamarca².

Frente a la mole imponente del cono de deyección cuaternario de la confluencia citada, el cerro de la margen derecha del río de Purmamarca avanza y el fondo de la quebrada se angosta. Esta especie de espolón determina aguas arriba algo así como un rincón, un ensanche inusitado en la quebrada que se aprovecha para una extensión mayor de los cultivos. Además de la topografía más amplia, influye el material de acarreo más fino depositado allí a espaldas de la suerte de angosto susodicho donde se debió formar más o menos una barrera con el material acarreado por el cono de la quebrada de Estancia



(1) DIRECCIÓN GENERAL DE MINAS, GEOLOGÍA E HIDROLOGÍA, *Mapa de la Quebrada de Humahuaca* (Provincia de Jujuy). Levantamiento estereofotogramétrico efectuado en el año 1915, por Federico Graef y Roberto Pusch. Construido y dibujado en el año 1916, por Roberto Pusch. Triangulación 1915, por Curt Pfeifer. Escala 1:50.000.

(2) INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, *Carta topográfica de la República Argentina*. Purmamarca, Jujuy. Levantada por el en los años 1934-35. Escala 1:50.000. Plancheta 2366[35]1. Actualización y levantamiento estereofotogramétrico regular.

Grande. En correspondencia con ese atajo hubo el depósito de material más fino, el lecho más amplio del río con mayor cantidad de arena, la detención de las aguas determinando formas palustres con su respectiva vegetación natural higrófila y hasta acuática, arbórea y herbácea (sauces, berros, lampazo). La existencia del terreno cenagoso despertó el topónimo: *Ciénaga Grande*. Enmarca a esto un ambiente árido con vegetación enteramente xerófila y muy rala entre cuyas principales manifestaciones descuellan los característicos cardones.

El costado del enorme cono cuaternario que mira hacia el río de Purmamarca se presenta cortado verticalmente como una pared de muchos metros de altura. A medida que uno se acerca nota con creciente claridad que esta denominada pared merecería otro nombre, por cuanto es la negación de un frente uniforme. La erosión de ese formidable depósito de acarreo se realiza verticalmente de una manera desigual engendrándose una serie infinita de variadas incisiones, de canaletas, de surcos que han terminado por dar a esa superficie el aspecto de un órgano gigantesco. De esta magnitud y perfección no he visto otro en la quebrada de Purmamarca, aunque abunden los conos en vías de destrucción.

Tales formas erosivas no alcanzan a tener su pie en contacto con el lecho del río, pues existe un gran talud originado por el depósito de los abundantes materiales que proceden de la demolición erosiva y de los derrumbes del cono. El talud no está formado enteramente por estos materiales, por cuanto en la parte frontal y en la misma pendiente, aquí y allá, asoman los depósitos cuaternarios. La acumulación reciente del talud con su cubierta viene a proteger precisamente el pie del cono, en avanzado proceso de demolición, de una destrucción total; tiene la misión de un escudo. En los puntos de contacto de las formas erosivas que llamamos órgano y el nivel superior del talud hay cuevas de varias dimensiones que documentan, de la manera más clara, la inminencia de nuevos derrumbes de las columnas cuyo pie así se socava. La pendiente del talud es muy acentuada y la superficie acusa acumulaciones y formas erosivas originadas por los derrumbes y la

acción destructora de las aguas torrenciales que excavan torrenteras, abren surcos, determinan tajos profundos hasta de unos seis metros y más. En uno que otro sitio llega a esbozarse un minúsculo torrente con su cuenca de recepción, su canal de desagüe y abajo su definido cono de deyección. El órgano gigantesco carece de vegetación, como es natural; en cambio, el talud, a pesar de los fenómenos citados, ofrece una vegetación xerófila variada en especies, dimensiones y distribución, llamando la atención el gran número de cardones.

Esta escarpa es el asiento del antigal de Ciénaga Grande. Superficialmente se encuentran documentos de su existencia que consisten en restos de pircas, trozos extensamente esparcidos de alfarería, algunos de los cuales con ornamentación coloreada, un pedazo de piedra con cavidad como para moler, huesos mal conservados. Entre las construcciones llama la atención un recinto amplio con cardones situados cerca y algunos en el medio y en los rincones. Dada la lentitud del crecimiento de estas plantas y considerando su notable desarrollo, debe inferirse que el recinto no puede atribuirse a restos de viviendas de pobladores modernos; seguramente se trata de construcciones muy viejas, aunque resulte imposible precisar la edad. Las pircas se presentan bastante bien conservadas. El mencionado recinto no es el único pues pude observar varios otros algo grandes que miden unos ocho metros de lado.

En toda la superficie ocupada por las ruinas sólo existe una vivienda actual que consiste en un pequeño rancho (paredes de piedra y adobe, techo de *torta* con una parte hecha con ramas) y su infaltable corral. El conjunto se halla en la parte baja de la escarpa. Por consiguiente, el lugar prácticamente corresponde a una instalación humana indígena por completo.

Desde aquí se está en condiciones de gozar una vista hermosísima, particularmente si se mira hacia el naciente. Abajo se extiende el lecho pedregoso, grisáceo y serpenteante del río; se localiza la ciénaga; se admiran las franjas multiformes de los cultivos que en el ambiente árido ponen su reconfortante nota de verde, de vida intensa; vinculadas

con esta actividad se observa el número y la ubicación de las viviendas; en un nivel superior la vista se entretiene gozosa en la serie de cerros multiformes y policromados, en la sucesión de espolones que hacen adivinar la multitud de quebradas tributarias con un buen número de problemas geográficos cautivantes, y en último término se alcanzan a admirar montañas de la margen izquierda de la quebrada maestra, la de Humahuaca. Acaso los indios que ocuparon este lugar no han tenido intención de extasiarse ante la belleza del paisaje, ni se preocuparon en plantear y resolver semejantes problemas geográficos, pero es un hecho de importancia que buenos trechos de la quebrada de Purmamarca estén bajo la mirada directa de quien se sitúe en el antigal, particularmente el trecho que de Ciénaga Grande alcanza hasta la Puerta, el cual —ahora como antes— ofrece y concentra los mejores medios de vida. Vinculado a éstos debió nacer y desarrollarse el poblado del antigal.

Que no falten indicios inconfundibles de la existencia del antigal, no significa evidencia completa de las ruinas. Apartándose de los matones y de las insidias del río, ubicáronse los indios sobre la escarpa de manera que la acción fluvial, si representó un peligro, fué pequeño y localizado en la parte baja y frontal. Pero el sitio elegido no resultó ideal, pues esas formas erosivas del gran cono cuaternario, ese órgano gigantesco que se yergue a su espalda debió representar un peligro que seguramente creó más de una dificultad a los ocupantes del talud, por el material acarreado y por las mismas aguas torrenciales que corren desenfundadas.

Teniendo en cuenta la gran pendiente de la escarpa y su constitución de material de acarreo suelto, estas aguas significan un peligro de importancia puesto que excavan, seccionan profundamente, crean torrenteras, como ya manifesté. Puede imaginarse fácilmente que si sus antiguos ocupantes fueron molestados, las ruinas que subsisten se hallan expuestas a una destrucción implacable, a una dispersión por el agente erosivo. Otro factor contribuye con igual o mayor eficacia a este perenne atentado a la conservación del antigal. Se trata de los

derrumbes y del material que las aguas erosionantes sacan del órgano magnífico erguido a su espalda. El resultado es que se originan acumulaciones, que muchos indicios de la vida indígena desaparecen al ser cubiertos. Una torrentera me permitió observar la existencia de una pirca sepultada por una capa de material y que mide más de dos metros de profundidad.

Solemos poner el grito en el cielo contra la destrucción ocasionada en tantos antigales por los explotadores inexpertos, por los profanadores inicuos. Aquí el hombre respetó las ruinas, el antigal se halla intacto en este sentido. Pero la naturaleza se encargó de apresurar la destrucción. Lo que no logra excavar y remover con la erosión lo substraer a la vista de los observadores sepultándolo. Tal estado de cosas impide sacar una conclusión valerosa, en cuanto a la índole de esta instalación humana, como consecuencia de una visita, aunque ésta se prolongue por varias horas, máxime que de cualquier modo sería necesario el aporte de una investigación arqueológica.

En la actualidad la quebrada de Purmamarca tiene sólo un núcleo de población, un pueblo trazado y definido —aunque modesto—, el de Purmamarca, situado a unos cuantos kilómetros de la Puerta y a unos ocho, en línea recta, de la Ciénaga Grande. En otros tiempos, ¿hubo población aglomerada? En caso afirmativo, ¿cuántos núcleos existieron y dónde se hallaban? ¿Cuándo se despoblaron? ¿El pueblo de Purmamarca tiene raíces prehispánicas directas? ¿Cabe afirmar que el antigal de Ciénaga Grande haya tenido la función demogeográfica que ahora en la quebrada corresponde al pueblo de Purmamarca? No es el momento de hacer la investigación. No es la ocasión de afirmar si estamos pertrechados para resolver el problema, pero conviene insinuar el planteo del asunto.

Que antiguamente la quebrada haya tenido un pueblo parece desprenderse de la simple observación de los restos naturalmente mutilados del antigal en cuestión. Que un pueblo haya existido se desprende asimismo del examen de documentos históricos. En la probanza de méritos y servicios del fundador de Jujuy, Francisco de Argañaraz, levantada

en La Plata el 24 de diciembre de 1596, encontramos algo de mucho interés. El testigo Pedro Díaz de Herrera, vecino, conquistador y poblador de la ciudad de San Salvador del valle de Jujuy, narra la atrevida acción emprendida por Argañarás y que tuvo el resultado de sorprender y aprisionar al célebre Viltipoco. "... y llegaron a media noche a vn *balle e quebrada llamado poromamarca* donde el dicho ultipoco estaua con cinquenta o sesenta yndios cojiendo sus comidas con sus capitanes y en el camino e caminos thenia puestos grandes centinelas y espías porque se themia tambien de los españoles y ansi en el camino toparon a algunos centinelas y se diéron tan buena maña y horden que no tuuieron lugar las dichas centinelas de dar auiso al dicho ultipoco y sin ser sentido el ni sus capitanes y gente que thenian llegaron al dicho asiento donde estauan e los hallaron bien descuidados y durmiendo y así llegados de la manera que tiene dicho cercaron *las casas e pueblo* con mucha preuencion e cuydado entraron donde estaua el dicho viltipoco e sus capitanes y gente que estauan juntos e los prendió luego a todos..."¹. La expresión *pueblo* quizás no signifique núcleo de población sino conjunto de habitantes del lugar, pero esta duda no invalida por completo la suposición de que en Purmamarca hubiera una aglomeración.

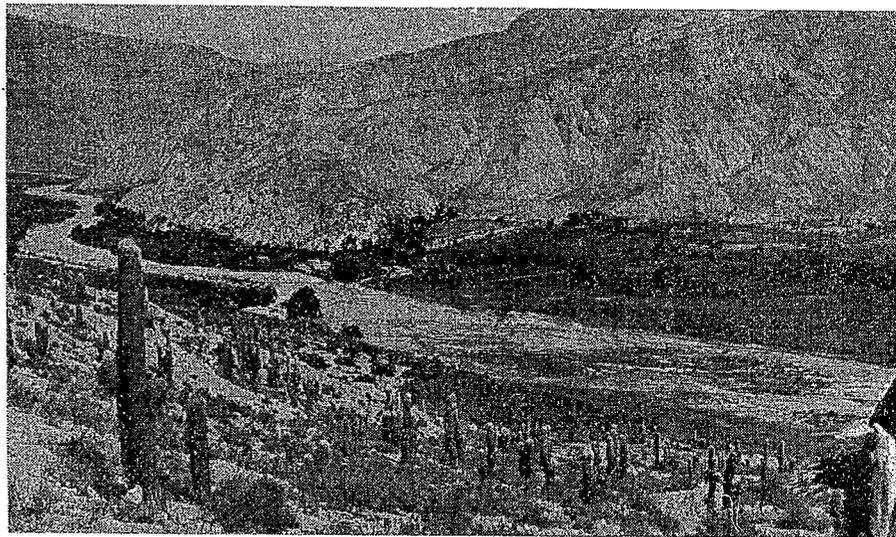
El pueblo de Purmamarca es de formación moderna y como no existe otro en la quebrada hay que buscar en paraje diferente ese supuesto pueblo en que fué sorprendido Viltipoco. Acaso coincidiese con el antigal de Ciénaga Grande, siempre que no hubiera que recurrir al de Estancia Grande. Si esa coincidencia fuera real, el antigal de que doy noticia habría sido lugar poblado en el período de la conquista, por lo menos hasta postrimerías del siglo XVI.

Dejemos las suposiciones y digamos que es de esperar que la quebrada de Purmamarca entre de lleno en el campo de las investigaciones

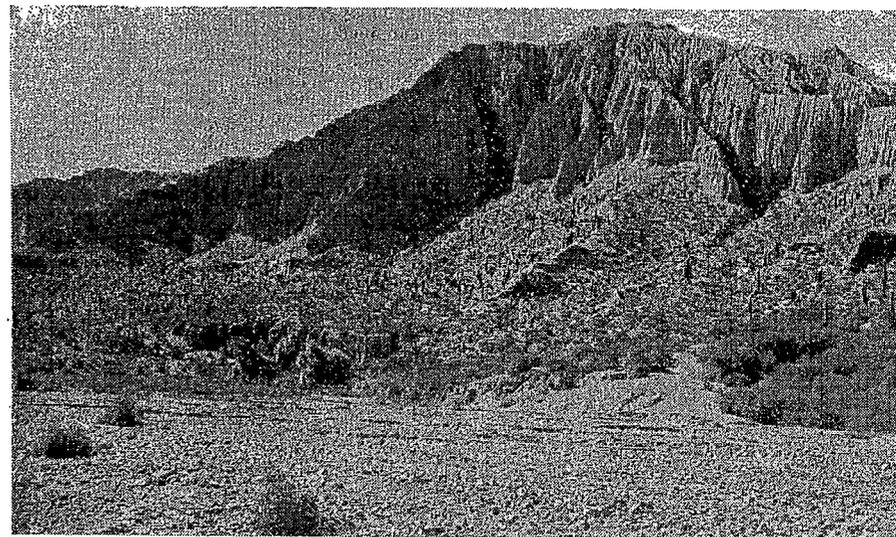
(¹) *Información de los méritos y servicios hechos a Su Majestad por Francisco de Argañarás, en la conquista de las provincias de Tucumán y fundación de pueblos, en especial el de Jujuy, en Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias. Publicación dirigida y prologada por D. Roberto Livillier, II. 548-49, Madrid, 1920.*

arqueológicas cuyos resultados reportarán grandes beneficios para los estudios de geografía humana. El antigal de Ciénaga Grande ha de ser el primer lugar llamado a atraer la atención de los arqueólogos. Su importancia en la quebrada de Humahuaca — considerada *lato sensu* — no será fundamental, pero seguramente su estudio permitirá aclarar más de un hecho y quizás establecerá alguna relación interregional muy fecunda.¹

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 26 de agosto de 1936. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



1. — Quebrada de Purmamarca, mirando hacia el E. desde la parte superior del antigal de Ciénaga Grande (27-II-1936).



2. — Desde la orilla derecha del río de Purmamarca, visión del antigal de Ciénaga Grande (27-II-1936).